

## Proyectos, amistades, discusiones. Homenaje a Jacinto Choza

JUAN ARANA  
Universidad de Sevilla

CONOCÍ A JACINTO CHOZA en Pamplona en enero de 1970. Han pasado ya 45 años. Acababa de abandonar los estudios de ingeniería en Madrid y bajaba a la Universidad de Navarra, donde iba a empezar por libre la carrera de filosofía. Me acompañaba Juan Carrasco, ayudante de historia medieval y novio de mi hermana Maite. En la parada de autobuses de la plaza del Vínculo coincidimos con Rafael García Serrano, ayudante de arqueología y amigo de Juan. Traía en la mano un librito de Anagrama con entrevistas a Foucault, Lacan y Lévi-Strauss<sup>1</sup> que comentó con entusiasmo. En esto llegó otro ayudante más, esta vez de filosofía: Jacinto Choza. En el prisma de la memoria lo recuerdo tocado con una pajarita, con pinta de intelectual en ciernes. Mientras subíamos a la Villavesa mostró interés por el libro. Rafa le dijo que no era lectura recomendable para su alma, en clara alusión a su condición de numerario del Opus Dei. Pero Jacinto no se dio —ni se dejó de dar— por aludido: esbozó una sonrisa cómplice y se puso a hojear con delectación aquel potencial veneno anímico.

Así pues, Jacinto fue el primer filósofo «profesional» que traté. En los años siguientes nuestra relación se estrechó, aunque nunca me dio clase ni estuve matriculado en ninguna asignatura suya. Pero debía estar yo en tercero o así cuando fue nombrado jefe de estudios de la facultad o de la sección, no recuerdo bien. Esto lo convirtió hasta cierto punto en «agente represor», pues parte de su cometido consistía en controlar el movimiento estudiantil y evitar que las asambleas derivasen hacia la «lucha». Según me dijo después, esa responsabilidad se las hizo pasar canutas, pero visto desde mi apolítica posición Jacinto simplemente era el profesor que más confraternizaba con el alumnado. Siempre estaba por los pasillos, haciendo de hermano mayor más que de padre. Por ejemplo, a él me dirigí en su momento para averiguar cuáles eran los pasos más indicados para iniciar la carrera universitaria. Me dio buenos consejos, que aún agradezco. Yo lo veía con unos 10 años más que yo, aunque después he comprobado que sólo me llevaba cinco y medio. Por aquel entonces se confeccionaba sus propios cigarrillos (una bibliotecaria un poco loca que tuvimos

[1] P. Caruso, *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan*, Anagrama, Barcelona, 1969.

después en Sevilla se enamoró de él porque, decía, «era capaz de liar porros en público»). El caso es que el rito del fumeteo era en su caso algo con tanta significación como la ceremonia del té para los japoneses. Mientras distribuía juiciosamente hebras de «caldo» sobre el papel de arroz, teorizaba sobre los secretos de la vida académica, los retos de la tesis doctoral, las materias más prometedoras para futuras plazas de profesor, los enigmas de la metafísica o las más recientes corrientes de antropología filosófica. Para todos nosotros era un ejemplo a seguir si queríamos que la Universidad dejara de ser ubicación provisional para convertirse en lugar de residencia permanente. Recuerdo cuando me enseñó un libro que había sacado<sup>2</sup> y versaba a la vez sobre Aristóteles («una vela a Dios», apostillaba), Nietzsche («otra al diablo») y Freud («un guiño al discreto encanto de la burguesía»). Teorizaba con pasión sobre los títulos de las publicaciones: «En la presente coyuntura hay que saber conjugar política y escándalo. Mi amigo Miguel d'Ors dice que podría hacerse de oro si escribiera una novela titulada *Un incesto en mi centuria...*» («centuria», lo digo para la gente joven, era una de las agrupaciones de la Falange). De hecho, el propio Jacinto casi consiguió un *bestseller* filosófico con una obrita que, aparte de sus indudables méritos, prometía en la carátula: «*La supresión del pudor*»<sup>3</sup>. Unos meses después apareció con una barba —que entonces casi era de rigor entre los *progres*— ligeramente mefistofélica. «Me ha aconsejado Antonio Millán que me la deje, porque parezco demasiado joven para tener posibilidades de prosperar en las oposiciones. Lo malo es que mi estanquera ha exclamado desolada: '¡Pero cómo! ¿Usted también?'» Luego le tomó afecto a la coyuntural prótesis (aunque no tanto como yo a mi bigote) y la conservó durante muchos años.

Entre tanto terminé la carrera y durante un año fui ayudante como él. Pero no prosperé en Pamplona y al curso siguiente me trasladé a Sevilla, su patria chica. Unos años después me seguiría. En el ínterin habíamos montado entre los dos una muy peculiar agencia de colocaciones. Se estaba poniendo en marcha la facultad de filosofía en Sevilla y cada año había nuevos puestos de contratado y ayudante. Navarra producía filósofos; Sevilla les daba trabajo. Jacinto me alertaba de los mejores expedientes «vacantes» y yo me ponía en contacto con ellos para informarles sobre las plazas que se iban a convocar. Así fueron desembarcando a orillas del Guadalquivir docena y media de refuerzos, que formaron lo que se dio en llamar «el frente norte». El último de todos ellos fue el propio Jacinto, que había sacado las oposiciones de profesor adjunto de antropología y llegó a nuestro departamento como funcionario de carrera. El momento fue oportunísimo, porque Jesús Arellano ya estaba mayor y demasiado ocupado con responsabilidades académicas, de manera que no podía orientar adecuadamente a sus muchos doctorandos que, conscientes de sus carencias, se llamaban a sí mismos «los mentecatos». La misión de Jacinto fue «desmentecatarlos», y lo hizo con tal afán y dedicación, que en muy poco tiempo las tesis empezaron a ser leídas en rápida sucesión. Creo recordar un

[2] J. Choza, *Conciencia y afectividad (Aristóteles, Nietzsche, Freud)*, Pamplona, Eunsa, 1978.

[3] J. Choza, *La supresión del pudor y otros ensayos*, Pamplona, Eunsa, 1980.

minicursillo de urgencia sobre cómo ponerse a redactarla sin dilación y cuya idea capital era: «Hecho un cesto, hecho ciento». Como justo reconocimiento, los ex-mentecatos decidimos ponerle una medalla, que creo fue manufacturada por Pilar López de Santamaría e impuesta en una ceremonia cuyo desarrollo recogen las dos fotografías que adornan esta contribución. No creo que Jacinto quiera aspirar a un reconocimiento más honroso que este, por altas que sean las cumbres que haya escalado hasta el presente o le queden aún por conquistar.



Enseguida llegó también Javier Hernández Pacheco, con sus dos tesis bajo el brazo y cuatro años de estancia en Viena. Echándole imaginación diría que así se acabó de completar el equipo, un poco como en la película *«La gran evasión»*. Arellano era el gran jefe, algo en las nubes aunque con visión estratégica y autoridad indiscutible. José Luis López representaba para nosotros el gran aliado, tan distinto y a la vez tan próximo: le ayudábamos a poner en marcha la facultad y dotarla de contenido, mientras él nos daba cobertura político-académica. Después estábamos «las tres jotas»: Jacinto, el mentor y tutor; Juan, el hombre ejecutivo, siempre apremiando con plazos y metas; Javier, el teórico entusiasta y ambicioso. Y luego el resto: el más abigarrado y disperso grupo de becarios y PNNs (profesores interinos) que nunca haya habido. Algunos se quedaron por el camino; otros buscaron salidas alternativas; hubo quien, como Antonio Segura, empezó tan tarde que acabó también muy pronto; pero bastantes, muchos en realidad, consiguieron prosperar y en su momento llegaron a la titularidad o la cátedra. No pongo nombres, porque con los años nos hemos ido volviendo susceptibles y algun@ podría molestarse por la inclusión o por

la omisión. Pero, en fin, ahí siguen, salvo Manolo Pavón e Isabel Ramírez, a quienes tanto recordamos.



Aquellos fueron sin duda nuestros mejores años, lo cual apenas es de extrañar, puesto que teníamos entre 25 y 35 años, pero no solo por eso: estábamos llenos de ilusiones, ideales, esperanzas, proyectos y (quién más, quién menos) generosidad. Arellano nos dejaba campar por nuestros respetos y, aunque había otros grupos y sensibilidades dentro de la naciente facultad, intuíamos que habría sitio para todos o para casi todos. Prácticamente vivíamos en el departamento, íbamos a los mismos congresos y los fines de semana hacíamos juntos excursiones. Justo es recordar que Marita, mi mujer, además de hacer su propia carrera en el departamento de hispanoamericana, era la hostelera oficial de filosofía teórica. En nuestro piso siempre había plato dispuesto para los solteros y solteras que precisaban calor de hogar. De modo natural, algunos alumnos de últimos cursos se subían al carro y más de uno concibió esperanzas de que de todo ello resultara «algo grande». Después no ha sido para tanto, porque las divisiones nos han afectado como era natural que ocurriera: mientras se es niño o adolescente la relación con hermanos y primos es intensa; más tarde acaba uno distanciado de unos y otros, o incluso peleado con ellos, a causa de hijos y nietos. No obstante, la razón más importante de que el frente norte no llegara a cuajar como grupo es que nunca se asentó en relaciones de poder. Entre nosotros la relación de amistad fue mucho más importante que la magisterial o incluso que la político-administrativa. Por eso, cuando se produjeron conflictos y discrepancias, preferimos salvar en la media de lo posible la proximidad per-

sonal, y dejamos que muriera de muerte natural la idea de formar entre todos «una escuela». Por lo que a mí respecta (Jacinto puede decir otro tanto) no soy «maestro» de ninguno de mis colegas, pero he sido padrino de sus hijos en dos o tres ocasiones, me he alegrado con ellos en sus bodas y sufrido junto a ellos en algunos funerales.

También hay que decir que Jacinto no vino en plan de hacer como el cuco, ave que acostumbra a poner sus huevos en el nido ajeno, sino con idea de incubar las nidadas de otros. Tenía su propia cosecha de discípulos y amigos en otras latitudes (lo que se dio en llamar «fundación nosotros»), que le dio tantas satisfacciones como dolores de cabeza. De hecho, al principio no tenía intención de quedarse, sino que pensaba regresar a Pamplona tras acceder a la cátedra. Consiguió relativamente pronto una plaza de agregado en Murcia, y enseguida se dotó la correspondiente cátedra en Sevilla, a la que concursó con éxito. Agregado y catedrático eran prácticamente lo mismo, así que Millán Puelles, miembro del tribunal que juzgó la plaza, en lugar de seguir el acostumbrado paripé académico, le hizo una sola pregunta: «¿Por qué quiere usted trasladarse de Murcia a Sevilla?» No recuerdo qué contestó Jacinto, pero podría muy bien haber dicho lo siguiente: «Pues mire usted: porque visito en sus casas a todos los profesores de mi departamento y a la mayoría de los de los otros departamentos de la facultad, y porque en lugar de pasarme al salón me reciben en la cocina, donde ayudo a preparar el puchero, como con ellos y echo una mano a los chavales con los deberes del colegio...»

Las anécdotas que produjo aquella camaradería son interminables. Me viene a la cabeza en particular cuando Arellano recibió el encargo remunerado de escribir una historia de la filosofía para las cajas de ahorro confederadas. Incapaz de hacerlo por sí mismo, pasó el proyecto a sus más próximos discípulos, que también declinaron el honor. De rebote la tarea llegó a nuestro colectivo. Don Jesús me la encasquetó y no supe negarme. ¿A quién acudir? Pedí auxilio a Jacinto, que convocó a todo el frente norte. Era obligado respetar el índice que el *magister* había confeccionado, pero nos quedamos atónitos al ver la importancia que daba al pensamiento oriental y a algo que él llamaba «gnosticismo» y que reaparecía en todas las épocas y latitudes. Lo más desconcertante era el último tema: «Filosofías aberrantes», así como el primero: «El pensamiento en la época primordial de la humanidad: del año 300.000 al 30.000 antes de Cristo». Pacheco propuso llenar para resolverlo 30 páginas de: «¡Uuukkk! ¡Aa-arggg! ¡Grrrrr!, etc.» Al final nos repartimos el índice como hermanos y Jacinto se encargó de lo más conflictivo. Quién sabe si ello no sirvió como motivo de inspiración, porque lo cierto es que en los últimos años Jacinto ha cultivado con tesón el pensamiento oriental, y tengo entendido que acaba de terminar todo un libro sobre el pensamiento religioso en la «época primordial»... Los caminos del Señor ciertamente son inescrutables.

Mención aparte requieren los congresos, es especial los de la Sociedad Andaluza de Filosofía y las Jornadas Filosóficas de Pamplona, para las que llegó a fletarse todo un autobús repleto de profesores, alumnos y alumnas, que cauti-

varon con sus intervenciones en coloquios y comunicaciones y deslumbraron a mis paisanos bailando sevillanas en el fin de fiesta. Quizá el encuentro más recordado de todos fue uno celebrado en Baeza, en el que Pedro Mesa compartió habitación con Antonio Segura y al acostarse encontró la cama mojada, porque su compañero la había rociado con agua bendita. Hubo una discusión mítica en la barra de un bar en la que Pacheco se vio acorralado por todos nosotros hasta el punto que no vio otro recurso que pedir su opinión al camarero, el cual emitió un dictamen que después hemos repetido en más de mil ocasiones: «Bueno, todo depende de cómo se desarrolle el sistema...» O la vez que en Cádiz José Luis perdió el proyecto de estatutos de la SAF que tenía que aprobarse en asamblea, y me metió tal presión para que improvisara otro borrador que creí que me iba a dar un síncope cardíaco, de manera que entre Nacho y Gemma me llevaron a urgencias, donde diagnosticaron una hiperventilación...

Pero el «proyecto estrella» que tenía en mente Jacinto cuando llegó a Sevilla era fundar una revista de filosofía. Le daba lo mismo qué revista fuera o cómo se llamara. Aclaraba que no estaba interesado en su *esencia*, sino tan solo en su *existencia*. «Puedo hacer dos cosas —explicaba—: una revista o interminables reuniones para proyectar una revista. Ambas cosas a la vez son inalcanzables, porque llevarían demasiado trabajo. Así pues, hay que elegir. Prefiero hacer tan solo lo primero.» Debía ponerse al servicio de la necesidad que tenían los profesores jóvenes de hacer currículo, y también serviría de asilo a desesperados autores huérfanos de apoyo en todos los rincones del país. Arellano había fracasado años atrás por querer hacer una revista *demasiado buena*; Jacinto se conformaba con todo lo buena que nos pudiéramos permitir sin sucumbir al mayor peligro de las revistas científicas, que era según él la mortalidad infantil. También pretendía convocar el máximo de instituciones posible, y en efecto consiguió interesar a tres universidades y cinco departamentos. El título vino de Málaga: Ignacio Falgueras propuso «*Thémata*», un buen hallazgo conceptual, puesto que se trataba de primar los contenidos sobre las formalidades, pero un mal invento fonético, porque pronunciado a la española tendía a sonar «te mata», en lugar de «cémata», como laboriosamente tuvimos que insistir una y otra vez, en particular a los encargados de las imprentas. El diseño de la portada fue una aportación mía de la que estaba muy orgulloso: una combinación de los colores de la bandera de Andalucía con la silueta de la *Escuela de Atenas* de Rafael. Éramos tan insensatos (sobre todo Jacinto) que decidimos imprimir el primer número sin tener resuelta la financiación, porque —así lo veía él— «sería honroso si llegábamos a padecer persecución por causa de la cultura». Y a trancas y barrancas la revista fue saliendo un año y otro, hasta el día de la fecha. Hubo sus momentos bajos, como el del número 7, cuya materialización encargamos a un amigo de Javier propietario de un negocio que según supimos después llamaban los del gremio «Pufoláser». El precio fue barato, pero el resultado tan desastroso que nos negamos a pagarlo y pedimos que se llevara los ejemplares hasta que nos hizo una rebaja de escándalo. Yo me ocupaba de los prosaicos detalles, como la maquetación, impresión y distribución. Jacinto

llevaba los ministerios de asuntos exteriores y hacienda. Pronto los «socios» escurrieron el bulto y nos quedamos solos. Lo más gracioso de todo fue la estrategia de un catedrático de filosofía del derecho quien, como calculaba que éramos *del opus*, pretendió asustarnos anunciando la remisión de tres artículos de discípulos suyos, el primer de los cuales demostraba la inexistencia de Dios; el segundo, la legitimidad del aborto; el tercero, la relatividad de verdad y bien. A vuelta de correo le contestó Jacinto que podríamos subsistir si su ayuda económica, pero no sin esas decisivas contribuciones, que esperábamos con impaciencia, ya que cimentarían definitivamente la gloria de la revista.

Las clases y estos proyectos se llevaban buena parte de nuestro tiempo, pero lo más selecto quedaba reservado para la discusión. En los despachos, en los pasillos, en nuestras clases, en aquel bar cutre llamado *La Parrapa* (apéndice oficioso de la facultad), en fin, en todas partes discutíamos de la mañana a la noche de todo lo humano y lo divino, sin llegar jamás a un acuerdo. Mis discrepancias con Pacheco eran grandes, pero resultaban pequeñas en comparación con las que tenía con Jacinto, a quien sin embargo hacían gracia mi supuesta erudición bíblica y también un conjeturado cinismo navarro. Imposible reconocerme en los vicios que me achacaba ni tampoco en las virtudes que me confería, pero ¿qué más daba? Lo importante era confrontar nuestras diametralmente opuestas posiciones, aunque ello supusiera llegar alguna vez (raramente) a un acuerdo. Por supuesto, había cosas que compartíamos. Por ejemplo, los tres nos considerábamos (y seguimos haciéndolo) cristianos, pero de tan distinta manera y con tan contrastados énfasis, que tampoco era posible dar más de diez o doce pasos acompasados en esa dirección. Otro punto de unión era el escaso atractivo que para los tres (especialmente para Javier) tenían los cargos y las prebendas académicas: no nos gustaba el poder, sino tan solo el apoyo de quien lo detentara en cada momento para hacer *cosas*. Lo cual generaba de rebote nuevas fricciones, porque a cada uno le hubiese venido muy bien que cualquiera de los otros dos se pusiera de una vez por todas a mandar... de acuerdo con los consejos que estábamos ávidos de darle.

En fin. Nada es perfecto en este mundo. O quizá ocurra que el encanto del cosmos reside en cómo se articulan dentro de él nuestras respectivas imperfecciones. Siendo tan distintos, no dejaba de haber entre nosotros cierta complementariedad. Jacinto pasaba por ácrata e intuitivo; sin embargo su despacho siempre estaba impolutamente ordenado y sus asuntos perfectamente al día. A mí se me tenía (al menos eso pensaba él) por un racionalista y un cabeza cuadrada; sin embargo mi cubículo siempre fue un caos y sobre la mesa se amontonaban los papeles. Se puede decir que cada parte añoraba algunas cualidades de la otra. Siendo enemigo jurado del cientificismo, Jacinto estuvo fascinado desde muy pronto por la ciencia, y le hubiese encantado conseguir hacerla pasar por el aro que había dispuesto al efecto. Yo, que nunca he escrito un poema ni tomado un pincel, repaso una y otra vez mis escritos para que «suenen bien»<sup>4</sup> y colecciono apasionadamente dibujos. Recortando y pegando trozos de

[4] Razón por la cual siempre he admirado la rara erudición que atesora Jacinto, lo atrevido de sus

ambos se podría seguramente hacer un perfecto racionalista o un acabado bohemio. Sin embargo, los recortes que a cada uno han tocado en suerte nos dejan a mitad de camino entre ambos extremos, y la fórmula intermedia de cada uno tiene poco que ver con la del otro. Lo extraño es que tardamos años, decenios incluso, en darnos cuenta y asumirlo. Mientras tanto sostuvimos un prolongadísimo diálogo de sordos, sin advertir que el encuentro era imposible. Yo trataba de convencerle de *mi verdad*; él quería conducirme hacia *su sentido*. Haciendo balance del total, no lo siento, porque estoy convencido que lo esencial en toda discusión es el esfuerzo ímprobo que cada contendiente hace para explicarse a sí mismo sus propios argumentos (la mayor parte de las veces no sabe hacerlo hasta que son puestas a prueba las tesis que defiende) y para desbaratar lo que supone son las armas dialécticas del adversario. En ese sentido estoy agradecidísimo a Jacinto, a pesar de que estoy absolutamente convencido de que nunca jamás captó *el sentido* (empleo este término con el avieso propósito de apelar a su valor favorito) de lo que yo pretendía decirle. Ojalá que lo vea igual, porque de otro modo la balanza del debe y el haber quedaría descompensada.

¿Cuándo se produjo el tantas veces diferido desengaño? Hacia 1991 escribí un pequeño libro sobre religión e ilustración que él admiró y ponderó mucho, pero sin yo saberlo le había pisado un callo. La Ilustración — todo lo que viene a continuación está dicho, como puntualizan los alemanes para curarse en salud, *ohne Gewähr* (sin garantía) — parece estar para Jacinto en las antípodas de lo que sería una actitud religiosa correcta, válida, aceptable, promisorio, qué se yo... Así pues, todos los ilustrados están condenados a desbarrar lamentablemente en este asunto, y mi pretensión de salvar una parte de ellos merecía un buen tirón de orejas, que con todo cariño y amistad me propinó en un chispeante artículo publicado en nuestra revista<sup>5</sup>. A mí me encantaron tanto los elogios como las críticas y me dispuse a pagarle con la misma moneda. Modestia aparte, me salió un trabajo bastante brillante<sup>6</sup> e —iluso de mí— hasta creí poder convencerle. Convencerle desde luego que no, pero sí conseguí abrirle los ojos sobre mi incapacidad para entenderle y formular objeciones que pudieran ser relevantes para él. Así que tomó la pluma de nuevo y me fulminó con una extensa réplica<sup>7</sup>. Creo que está a la altura de sus mejores textos, pero tampoco consiguió persuadirme, aunque sí pinchar y explotar el globo de mi inocencia. Detecté (también puedo estar equivocado en esto) que, aparte del desacuerdo, había por su parte un cierto cabreo de fondo conmigo (pido perdón por la palabra; no encuentro otra mejor), así que juzgué que lo más prudente era detener

---

metáforas y la fuerza de las imágenes que emplea. Todavía no he dejado de reírme con la cita que abre su libro *Antropologías positivas y antropología filosófica*: «Los libros están hechos para ser leídos (lo cual es enojoso, pues lleva mucho tiempo); es el único modo de saber lo que contienen. Algunas tribus salvajes los comen, pero en Occidente la lectura es la única técnica de asimilación conocida» (Tafalla, Cenlit, 1985, p. 7).

[5] J. Choza, «Ilustración y Religión. Observaciones a Juan Arana», *Thémata*, 11, 1993, pp. 277-99.

[6] J. Arana, «La razón y lo sagrado», *Thémata*, 13, 1995, pp. 231-47.

[7] J. Choza, «¿Pueden las máquinas creer en Dios? Dúplica a Juan Arana», *Thémata*, 16, 1996, pp. 201-28.

la polémica, aunque ya tenía título para mi respuesta: «*Por qué las máquinas no van al Cielo*». Hubiera sido absurdo insistir: sería como escribir otra vez a los Reyes Magos después de saber por un amiguito que no son ellos los que ponen los juguetes. Yo le desengañé a él y él me desengañó a mí. Lo nuestro no tenía remedio. Nuestros emisores y receptores estaban sintonizados a frecuencias diferentes. Lo único que llegaba de uno a otro eran las interferencias y ya se empezaba a deslizar la sospecha de mala voluntad por la otra parte. Hay un momento en la vida en que los caminos de los amigos más entrañables se separan, y más vale hacerlo con prontitud para que ocurra sin amargura. Gracias a mis diálogos con Jacinto maduré como filósofo. Como era mayor que yo, para él seguramente no fueron tan decisivos. Pero no tuvimos la suerte de culminar de la mano nuestras respectivas trayectorias. Para mí ha sido una alegría seguirle en la distancia —ya simplemente como amigo— y comprobar cuán lejos ha conseguido llegar, y cuánto le falta por recorrer, siempre que Dios le dé salud, ya que ganas tendría que esforzarse para quitárselas. Yo también he seguido mi camino, y sigo descubriendo en lo que escribo acentos que nacieron en una conversación de pasillo con Jacinto. No hay que apurarse por el hecho que de cada uno vaya por su lado. La verdad, como el sentido, son mansiones suficientemente amplias como para albergarnos cómodamente a los dos, por divergentes que sean las direcciones que marcan nuestras respectivas brújulas.

Septiembre 2015.

